

de posesión a puertos y territorios ocupados por negociantes o vasallos de su nación, y no hay duda que ésta tiene en el Asia fuerzas navales incomparablemente mayores que las que podemos oponerle desde el Departamento de San Blas. Allí no existe en el día otro buque del Rey que la fragata Fevorita, dispuesta para darse al través; otra fragata titulada la Concepción está en el viejo anual de transporte de provisiones para los presidios y establecimientos de Californias, y en Nootka se hallan la fragata Princesa y los paquebots el Aranzazú y San Carlos el Filipino".

"Estos son los buques de la actual dotación de aquel Departamento, y no me atreveré a asegurar que su corto número y actual estado alcancen a desempeñar todas las atenciones graves y ejecutivas de sostener la Península de Californias, conservar el puerto de Nootka y oponerse a los intentos ambiciosos de las naciones extranjeras; de suerte que no es tan fácil, como pueden haber supuesto a V. E. la remesa de auxilios oportunos, ni juzgo tampoco que deben postergarse, aguardando el mes de enero para su envío, pues en todos tiempos deben navegar los buques del Rey, cuando haya urgencias que obliguen a determinarlo así".

Le hace ver que precisamente iba a mandar en el mismo paquebot apresado, luego de concluida su carena, los auxilios para la subsistencia de Martínez y su gente, y aun tropas para su defensa y la de las costas; pero encontrando que son opuestas sus opiniones a las de Revilla Gigedo, concluye: "... suspendo mis providencias relativas a los asuntos de Nootka, hasta que V. E. me diga su última determinación sobre la libertad o retención del paquebot inglés existente en San Blas, y de la balandra que quedó en aquel puerto".

Revilla Gigedo insistió en su parecer y las embarcaciones y sus tripulantes fueron puestos en libertad; pero iba a ser el mismo nuevo Virrey quien hiciera entrega de Nootka, pues las gestiones hispanas sólo trajeron como consecuencia la firma de la convención firmada de San Lorenzo el Real a 28 de octubre de 1790, y consigo la pérdida del puerto de San Lorenzo de Nootka.

¿Qué gestiones se hicieron? El Virrey comisionó al notable marino don Juan Francisco de la Bodega y Cuadra para que defendiera los derechos de la Nueva España y de España ante el Comandante inglés Jorge Vancouver, representante de Inglaterra, y lo hizo con tanta energía como habilidad; pero el Conde de Florida Blanca inició gestiones con la Gran Bretaña cuyo resultado fue la pérdida territorial.

LA CULTURA EN EL NUEVO MUNDO

DR. SILVIO ZAVALA
UNESCO, París

1. Generalidades

INTERPRETACIÓN AMPLIA DE LA CULTURA

Es CONVENIENTE ACLARAR, en primer término, cuál es el significado que atribuimos al concepto de cultura.

Hay una acepción restringida a las creaciones intelectuales y artísticas de valor perdurable, que cabe aplicar naturalmente al estudio de la experiencia histórica americana; dentro de esta connotación, se ha discutido mucho en torno a la existencia, la posibilidad o la originalidad de la cultura del Nuevo Mundo.

Antes de entrar en el estudio de esas polémicas, cabe advertir que existe otra acepción amplia que emplean los antropólogos y conforme a la cual todos los pueblos, aun los más primitivos, poseen una cultura; es claro que en semejante sentido no podían carecer de ella las sociedades coloniales euro-americanas. Creemos que el examen por extenso de las manifestaciones intelectuales y artísticas, de la índole de la sociedad en que surgen, de las contribuciones populares o del folklore, de los desarrollos lingüísticos, ofrece posibilidades inmejorables para llegar a comprender las bases de la historia cultural del mundo euroamericano. La ejecución de dicho plan reclama el análisis no sólo de las ideas e inspiraciones que se encuentran más cerca de la cultura original europea, sino también de la influencia que sobre la cultura colonial ejerce el conjunto de la experiencia americana; ésta abarca los problemas de la emigración y la adaptación al ambiente ultramarino, las con-

fluencias entre las varias corrientes procedentes del Viejo Mundo, más las aportaciones de indios, negros y orientales.¹

2. La emigración de la cultura europea

El parangón entre la cultura de Europa y la de América ha llevado a establecer, en algunos casos, conclusiones de identidad, y en otros, diferencia absoluta. Nos parece que ambas tesis son exageradas y que se apoyan en apreciaciones parciales de los resultados de la emigración de la cultura europea a través del Atlántico.

No faltan ejemplos en la historia universal de culturas que se han extendido más allá de sus marcos de origen. En tales situaciones suelen encontrarse fenómenos de proyección y conservación de rasgos originales junto a las novedades que imponen la distancia, la adaptación a otro ambiente, la confluencia con corrientes procedentes de distinto origen.

El cuadro que hemos de examinar, y esto no debe olvidarse en ningún momento, es el de una cultura llevada por los emigrantes a tierras extrañas, que ha dejado por ello de ser exclusivamente europea para convertirse en euroamericana en el caso que estudiamos, o en términos más generales en transoceánica si se abarca la expansión por los varios continentes. Es cierto que, a pesar de la distancia, los pobladores de los territorios ultramarinos siguen recibiendo inspiraciones fundamentales del foco de origen, puesto que se trata de una emigración colonizadora y no de una ruptura o exilio; pero la diversificación transoceánica nace precisamente del hecho de que la cultura de los emigrantes se adapta a un ambiente nuevo, y, en buena parte también, entra en combinaciones con elementos procedentes de varios continentes (distintos grupos de Europa entre sí, Indoamérica, Afroamérica, inmigrantes de Asia), que no se dan en la misma proporción, ni en las mismas circunstancias y tiempo, en el suelo de origen.

Los espíritus cultivados del Viejo Mundo, algunas veces sin salir del mismo y otras en contacto directo con América, participan de manera substancial en la interpretación de la experiencia relacionada con la expansión co-

¹ La interpretación extensa de la cultura ha prevalecido asimismo en el proyecto de una *Historia del Desarrollo Científico y Cultural de la Humanidad* que patrocina la UNESCO. En el documento SCH/Memo. No. 557, de 30 de marzo de 1954, se han incluido entre los temas que abarca los relativos a la cultura intelectual y material, las ciencias y las técnicas, la organización educativa y las estructuras sociales, las orientaciones subjetivas y las formas de la expresión artística.

lonizadora. Por ejemplo, algunos europeos (Mártir de Anglería, Gómara, Montaigne, Feijóo, Raynal), escriben obras, y los artistas difunden imágenes sobre el Nuevo Mundo (v.g., en los grabados), sin haber salido del antiguo continente. Otros europeos cultivados visitan América y dejan creaciones literarias o artísticas como fruto de tales contactos directos (v. g., el doctor Francisco Hernández, encargado por Felipe II de estudiar las plantas de Nueva España; Franz Post, llevado por Mauricio de Nassau al Brasil holandés para pintar los paisajes; Alejandro de Humboldt, a lo largo de su magno viaje científico por regiones de la colonización española). Por último, hay europeos que emigran al Nuevo Mundo por períodos largos o definitivos, y cuyas creaciones quedan integradas a la cultura ultramarina, ya sea por su contenido o por sus repercusiones o destino (entre ellos, Bernal Díaz escribió sobre la *Conquista de México*, en la que había participado; fray Pedro de Gante abre escuelas y talleres para enseñar a los indios, siendo su memoria olvidada en su ciudad natal, mientras vive fresca entre los mexicanos, quienes al fin la retornan a Europa; fray Bernardino de Sahagún emprende estudios sobre la etnología precolombina como parte de sus labores evangélicas; Manuel Tolsá edifica el Palacio de Minería y funde en bronce la famosa estatua del "Caballito", obras que van a contribuir a fijar la fisonomía urbana de la capital del virreinato mexicano; en Lusoamérica cabe recordar la obra de António Vieira, nacido en Portugal, pero vinculado íntimamente al Brasil, al que dedica algunas de sus más inspiradas páginas). Estas creaciones dan realce tanto a las culturas europeas de origen, como a las coloniales que sirven de marco a la obra meritoria; de manera semejante reciben doble loa las obras de los nativos de una región americana cuando se realizan en otra comarca del Nuevo Mundo (v.g., la del jesuita guatemalteco Rafael Landívar, *Rusticatio Mexicana*, publicada en Modena, en 1781).

Entre los asuntos tratados por los hombres cultos de origen europeo se encuentran, desde luego, los relacionados con el conocimiento de la naturaleza y el uso de los recursos americanos de minería, botánica, medicina, zoología; otros autores abordan la historia de la expansión temporal o la evangelización, o bien las peculiaridades de la sociedad o los problemas administrativos, o contribuyen a enriquecer el patrimonio de las letras y las artes ultramarinas. Mas también se hallan las obras de quienes transmiten formas y valores de la cultura del Viejo Mundo que tienen un alcance general, que no está vinculado directamente con América, como suele ocurrir con los profesores de Retórica o de Teología, los pintores de asuntos religiosos, los impresores de libros, los maestros de arquitectura, aunque ocasionalmente aparezcan temas o matices de origen americano en medio de este trasplante más amplio del patrimonio de la cultura europea. En todo caso, existe desde el

principio, al lado de las tareas culturales relacionadas con la realidad americana, otro campo distinto de creación, o cuando menos de aprendizaje y mantenimiento de las tradiciones de la cultura europea; es decir, una salida hacia la universalidad occidental que se conserva abierta hasta el presente.

Ciertos temas ultramarinos penetran en el ambiente intelectual y artístico de Europa, y esta presencia aumenta a medida que la riqueza, el poder y la cultura de los pueblos americanos se fortalecen; sin embargo, mucho más caudalosa es en la época colonial la corriente de los elementos culturales europeos (técnicos, intelectuales, artísticos, lingüísticos) que se proyectan sobre el mundo americano.²

Al quedar la cultura de origen proyectada fuera de su marco anterior, se constituyen en el Nuevo Mundo peculiares situaciones y combinaciones de elementos, y los ritmos de desarrollo presentan variantes a uno y otro lado del océano; por eso el análisis de la expansión transatlántica permite llegar a un conocimiento más pleno de la cultura occidental en su conjunto. Un observador europeo ha seguido con interés "apasionante" las modificaciones que experimentan las jerarquías sociales del Viejo Mundo cuando pasan al otro lado del océano y adquieren una disposición y fluidez nuevas en América, junto a las complicaciones que ofrece la composición racial de las colonias a reunir a los hombres procedentes de varios continentes; la expansión de las religiones y el nacimiento de la práctica y la doctrina de la tolerancia en el Nuevo Mundo contribuyen a ilustrar temas vitales de la historia de la cultura europea; un estudioso de la poesía iberoamericana, como adelante explicaremos, ha señalado anacronismo y adaptaciones originales que no pueden dejar de interesar a quienes cultivan las lenguas y las literaturas de la Península Ibérica; otro crítico piensa que las literaturas de lengua francesa de América constituyen compartimientos interesantes que no deben ser ignorados por los estudiosos de la cultura de la antigua metrópoli. En suma, la extensión de las lenguas europeas a otras tierras, el cultivo en común de las tradiciones literarias, el trasplante de las instituciones, la filiación de las religiones, la escritura de historias que abarcan las experiencias de los pueblos colonizadores en varios continentes, las ramificaciones artísticas, vienen a ofrecer nuevas avenidas y horizontes más vastos para el estudio de los fenó-

² Repárese, aun en nuestros días, en el crecido número de nombres célebres europeos que los americanos honran en sus escuelas y ciudades, y en el escaso tránsito de los recuerdos por el camino inverso. Es un signo de la dependencia cultural anterior, pero también un exponente de la universalidad de la mente americana. La situación ultramarina fortalece los hábitos de recepción y admiración de los valores mundiales; al mismo tiempo mantiene la amplitud de criterio y alienta las promesas creadoras de los hombres del Nuevo Mundo.

menos culturales de Occidente. La emigración da nacimiento no sólo a las ramas coloniales euroamericanas de cultura, sino a una transformación o posición distinta del tronco original europeo, a una reforma de la pauta intelectual correspondiente a un mundo anterior más estrecho, y en definitiva, a una fase nueva, espacial e intelectual, artística y lingüística, de la civilización de Occidente, y de la historia de las otras partes de la tierra a las que extiende su irradiación.

Aún existe entre ciertos europeos la propensión a reducir la historia de su cultura al marco del antiguo continente o bien a considerar este segmento central como el único valioso; en otros términos, asoma una especie de provincialismo metropolitano, si esta calificación paradójica fuera admisible. De otra parte, se encuentra la resistencia sentimental de ciertos americanos a reconocer el carácter provincial o marginal que tiene en sus orígenes la cultura del Nuevo Mundo. Todo ello ha contribuido a encender las polémicas en torno al valor de la cultura americana, a las que adelante haremos referencia. Aquí nos limitamos a recordar que también existe una serie de juicios de europeos notables que han sabido vislumbrar el verdadero alcance intelectual de la expansión geográfica.³

En caso anterior mejor estudiado, y que acaso presente una mayor coherencia interna, el de la historia del imperio romano, no se excluye el examen de las aportaciones de las provincias de España, Africa o el Oriente, que afectan incluso a la historia del centro. El pensamiento o la creación artística en las áreas marginales, aunque no lleguen a sobrepasar fácilmente un nivel de relativa modestia, pueden ilustrar los caminos de las expansiones históricas, y el estudio global de éstas beneficia al conocimiento de cada civilización.

³ Alejandro de Humboldt advirtió en su *Examen Critique de l'Histoire de la Géographie du Nouveau Continent*, I, pp. VIII-IX y IV, 21-22, 37 (—conceptos a los que nos hemos referido en nuestro capítulo primero, p. 4—) que hay una coincidencia entre la expansión del mundo geográfico y la del saber científico desde fines del siglo XV. Nota que la filosofía concede un rango más alto a los descubrimientos de la inteligencia humana que a los espaciales o geográficos (p. e., "la découverte de l'analyse transcendante, de cet autre monde nouveau dû au génie de Newton et de Leibnitz"); pero al mismo tiempo percibe que los grandes descubrimientos marítimos producen innovaciones intelectuales, y que: "C'est seulement depuis l'époque que nous venons de signaler que l'unité homérique de l'océan s'est fait sentir dans son heureuse influence sur la civilisation du genre humain. L'élément mobile qui baigne toutes les côtes en est devenu le lien moral et politique, et les peuples de l'occident, dont l'intelligence active a créé ce bien et qui ont compris son importance, se sont élevés à une universalité d'action qui détermine la prépondérance du pouvoir sur le globe", p. 22.

Las ramas de la cultura europea que emigran a través del océano se enfrentan a los problemas del arraigo en tierras nuevas y distantes (*primum vivere deinde philosophare*) quedan desprovistas de momento de muchos elementos de la cultura de origen (monumentos, universidades, bibliotecas, galerías de arte, en fin, alejadas de la solera cultural del área metropolitana de Europa); sólo una parte limitada de esos valores puede pasar con los emigrantes a través del océano, y sólo relativamente y a distancia sigue siendo suyo ese patrimonio de origen; desde este punto de vista, la emigración empobrece culturalmente a los grupos que la practican. Aun cuando el nivel de educación de los emigrantes no sea comúnmente alto, dejan atrás muchos elementos que antes podían serles familiares y que no pueden disfrutar ahora con igual plenitud. Sin embargo, esto no obsta para que mantengan su admiración por esos bienes culturales y traten de imitarlos o intenten el traslado parcial de los transferibles (esa transferencia puede alcanzar en nuestros días, gracias al adelanto técnico y económico, la magnitud que implica la instalación de un claustro medieval en los alrededores de Nueva York, patrocinada por Rockefeller; o de los castillos que atraviesan el Atlántico con las piedras numeradas e incluso el "fantôme à vendre"). Estos aspectos de imitación o continuación —unas veces educativos, como en el Metropolitan Museum de Nueva York, otras patéticos o ridículos por su falta de autenticidad— colocan naturalmente a la cultura americana en una posición de segundo orden o marginal. Es exacto que en cierta medida esa cultura participa de la misma herencia y tiene tradiciones tan viejas como las de Europa; pero es "nueva" por todo lo que deja atrás, por haber salido de sí; y también lo es por sus tareas de adaptación al ambiente ultramarino y por sus facultades de rejuvenecimiento ante otros horizontes; atrás queda no sólo lo admirable sino lo que limita y oprime. Las restricciones e impedimentos (v.g., la Inquisición hispánica) pueden seguir al colonizador a través del Atlántico, mas la marcha puede tener en ciertos casos un efecto libertador y abrir nuevas perspectivas naturales y humanas.

El deseo de seguir participando en el disfrute de los tesoros culturales de Occidente es bastante general entre los colonizadores establecidos de un extremo al otro del continente (admiración por los primitivos italianos y flamencos, por las obras literarias y plásticas de las épocas del renacimiento, el barroco, la ilustración, el romanticismo). Los euroamericanos no son los creadores de esos valores, pero los aprecian o los miran como suyos, y cuando

pueden los copiar o procuran incorporarlos a su vida de una manera más íntima que la asequible a los asiáticos o africanos que viven en sus respectivos continentes de acuerdo con formas de cultura originalmente ajenas o más distantes de la occidental. En América también hay indios, negros y orientales, pero viven al lado o bajo la influencia gradual de la cultura de los inmigrantes europeos, de sus descendientes y mezclas, que arraigan y se multiplican en las tierras colonizadas.

La base general greco-romana de la civilización de Europa y el cristianismo se extienden al continente americano por conducto de las varias ramas coloniales euroamericanas. Ese conjunto de principios y conocimientos sustenta la enseñanza en los colegios y en las universidades que llegan a fundarse en el Nuevo Mundo. El empleo de la lengua latina para fines educativos y de redacción de obras científicas se encuentra en todos los casos (v.g., cuando sabios holandeses describen la naturaleza brasileña). Esa lengua permite la comunicación eventual entre los marinos, militares y religiosos de distintas nacionalidades europeas en las costas y fronteras de América, hasta el siglo XVIII por lo menos. Es el idioma de los estudios, a pesar de la preferencia que existe en el área protestante por la lengua vernácula para la difusión de la religión. Las iglesias y los conventos contribuyen a mantener las tradiciones de la cultura y del arte en el mundo latino de ultramar, como ya lo habían hecho en la edad media en Europa, según la observación sagaz de Paul Rivet.

La universalidad de la religión y el principio político de la asimilación jurídica de los habitantes de metrópolis y colonias facilitan el fomento de la educación superior colonial en el Nuevo Mundo. Por ejemplo, en Hispanoamérica, así como se establecen catedrales, conventos y otras formas de la vida religiosa y civil a imitación de la metrópoli, comienzan a abrirse los seminarios, los colegios y las universidades desde el siglo XVI. Esos establecimientos coadyuvan al enraizamiento en la tradición cultural europea en el Nuevo Mundo y abren a los descendientes de los colonizadores el acceso a la educación superior sin tener que trasladarse a Europa. Las primeras universidades reales y pontificias hispanoamericanas gozan de estatutos similares a los de Salamanca; los cursos y textos siguen de cerca las tradiciones imperantes en la metrópoli. No hay una política cultural que restrinja el ingreso de los criollos hispanoamericanos a la educación superior colonial o a la metropolitana.

Los colegios de jesuitas y la Universidad de Coimbra ofrecen oportunidades educativas a los descendientes de los colonos lusitanos, pero no llega a instituirse un establecimiento universitario formal en el Brasil.

Tampoco lo hay en las colonias francoamericanas, aunque los canadienses cuentan desde el siglo XVII con el seminario de Québec y otros colegios de

religiosos, habiendo servido el primero de antecedente a la universidad que mucho más tarde se abriría en esa antigua capital del Canadá.

Los hijos de los colonos holandeses obtienen su educación superior en la metrópoli.

Colegios como los de Harvard, Virginia, Yale, Princeton, Nueva York, más las enseñanzas de preceptores y los viajes a la metrópoli, hacen posible la educación superior de los angloamericanos en el curso de los siglos XVII y XVIII.

La presencia en América de Europeos cultos, el acceso de los hijos de los colonos a la educación superior colonial o a la metropolitana, los viajes ocasionales de los americanos al Viejo Mundo, que en el siglo XVIII y principios del XIX se extienden a veces a países distintos de la metrópoli, son factores que favorecen la iniciación de la alta cultura en América.

Algunos americanos van a estudiar o a residir en Europa, se compenetran más o menos profundamente de su saber y de su arte, y crean obras con temas o reminiscencias de América o bien de interés general (Juan Ruiz de Alarcón, nativo de Nueva España, el Inca Garcilaso, del Perú; los jesuitas expulsos de varias regiones de América, el doctor John Morgan de Filadelfia).

Varios de los americanos que visitan Europa llegan a destacar en los anales del Nuevo Mundo por méritos culturales o políticos (Franklin, Jefferson, Miranda, Bolívar, San Martín, Bello, José Bonifacio de Andrade e Silva).

Hay, por fin, americanos que, sin haber salido de su continente, reciben instrucción o inspiraciones de origen europeo y crean obra propia, ya relacionada con América o con temas generales (Sor Juana Inés de la Cruz, Sigüenza y Góngora, Espejo, etc.).

Estos americanos son por lo común descendientes de europeos, mas también hay indios, mestizos, mulatos que alcanzan distinción como escritores o artistas, (el indio Caspicara en la talla, en Quito; el ya citado mestizo peruano Garcilaso de la Vega, quien llega a brillar en la literatura española; el mulato Aleijadinho, famoso en el Brasil por sus obras de escultura).

Una parte del clero estaba compuesta de gente nacida en el Nuevo Mundo. Los europeos podían obtener con mayor facilidad los cargos eclesiásticos, civiles y militares; pero no estaban cerradas por completo las puertas de tales funciones a los americanos. Estos ocuparon también posiciones dirigentes en varias ramas económicas, como la minería, la agricultura, la ganadería. La

burguesía comercial creció en algunos litorales al amparo de las actividades portuarias.

Los cargos de la Iglesia y del Estado estuvieron vinculados más estrechamente a una educación superior. No en vano la teología, la filosofía escolástica, la gramática latina y el derecho eran los estudios principales en metrópolis y colonias, y de hecho los más prácticos junto a los contables, hasta el advenimiento del auge considerable de las ciencias matemáticas y de la naturaleza en el siglo XVIII. Entonces esos nuevos conocimientos tuvieron aplicación en establecimientos metropolitanos navales y militares, y en alguno colonial, como el Colegio de Minería de México.

Limitadas fueron las posibilidades de indios y negros para gozar de la educación colonial.

En Hispanoamérica llegó a ensayarse la educación superior del indio, que se enfrentó a la resistencia que a ella opuso el ambiente colonial; sin embargo, los proyectos continuaron hasta el siglo XVIII aunque con escasas consecuencias prácticas.

En cuanto al negro, la exclusión fue la regla general, y sólo al fin de las colonizaciones, bajo las nuevas ideas ilustradas, comenzaron a ponerse en cuestión las barreras que le impedían el acceso a la educación superior.

La enseñanza primaria y de oficios llegó a impartirse en ciertos casos a razas distintas de la blanca. En general, se facilitó esta tarea educativa donde estuvo unida a la enseñanza de la doctrina y a las actividades misioneras.

La educación popular ganó terreno en Angloamérica en el siglo XVIII, era impartida a los colonos y llegó a extenderse a los nuevos emigrantes de Europa, como parte de las tareas de americanización, pero la política general con respecto al indio y al negro no favorecía la inclusión de ellos en los beneficios de la docencia.

Con la llegada de las primeras imprentas a las colonias españolas desde el siglo XVI y a las inglesas desde el XVII, y con la formación de las bibliotecas que atesoraban el saber de Europa y las primicias de los estudios sobre la geografía, las lenguas y la historia de América, puede decirse que algunas regiones del Nuevo Mundo comenzaron a entrar en posesión de los instrumentos formales de la cultura de Occidente; otras siguieron careciendo de ellos hasta muy tarde o vieron llegar el fin de la colonización sin poseerlos.

En el siglo XVIII y a principios del XIX aparecieron bibliografías que servían de testimonio a la existencia de una producción literaria de América que cubría campos muy variados. Ya veremos que ellas fueron utilizadas como instrumentos probatorios en las polémicas de la época acerca de la existencia y la calidad de la cultura americana.

En lo que respecta al patrimonio artístico, conviene tener en cuenta, entre factores varios, cuáles eran las clases que patrocinaban el arte; las inclinaciones de los creyentes de diversas religiones; el desarrollo del medio urbano; la aparición de mecenas cultos, como Mauricio de Nassau en la colonización holandesa del Brasil; el interés o la falta de él en coronas, virreyes, gobernadores, eclesiásticos y conventos, clases pudientes de mineros, comerciantes y armadores de los puertos, y amos de plantaciones; en suma, las circunstancias que influían en la adquisición de obras artísticas europeas, en la atracción de artistas del Viejo Mundo o en la formación de artistas americanos.

Ciertas bases económicas y psicológicas eran necesarias para que pudieran prosperar las manifestaciones más altas de la vida creadora del espíritu. Y aparte de ella, había que contar con oportunidades para la formación de los artistas, talleres y academias, buenas obras para distinguir las calidades y acendrar el gusto, estímulos y medios de vida, aprecio o prestigio social para promover el adelanto de los talentos naturales, y con la crítica educadora de las formas de la expresión.

En el campo de la cultura popular, las aportaciones de los europeos y de sus descendientes, de los indígenas, de los africanos y de los orientales, pudieron crear más pronto combinaciones y términos nuevos. En ese estrato los requisitos de la educación formal eran menos exigentes, y los varios elementos de la población americana llegaron a expresar sus sentimientos y aportaron sus propias creaciones (propagaciones populares de música, danza, canciones, cuentos, romances, etc.).

El arraigo de los europeos en el ambiente del Nuevo Mundo pone de manifiesto ciertos desajustes entre la sociedad y la cultura.

Las sociedades americanas se encuentran en contacto inmediato con el ambiente geográfico, con la explotación de los recursos naturales, con la composición heterogénea de la población, de suerte que adquieren pronto un carácter distinto al de las sociedades europeas. Entretanto, las culturas coloniales, por la unión derivada del idioma y por la complejidad de la herencia de ideas, creencias, sentimientos y gustos, siguen las inspiraciones que llegan de las metrópolis. Así se constituyen sociedades o pueblos nuevos en América, y sus naciones independientes, mientras subsiste la dependencia de sus minorías cultas con respecto a los centros de procedencia. El lenguaje escrito por los autores instruidos que imitan a los de las metrópolis difiere mucho

del hablado por el pueblo. Cuando en el estudio de la historia de América se presta atención mayor a las influencias filosóficas, literarias o artísticas, los resultados tienden a ser europeizantes, bajo las modalidades que luego explicaremos. En cambio, si se miran de cerca las condiciones sociales, pueden advertirse sin tardanza las particularidades americanas.

No es extraño, por ello, que exista en algunos momentos cierta divergencia entre las tendencias de la cultura y el carácter de la sociedad. De una parte, influye el legado de la civilización procedente de Europa; y de otra, se hace sentir la presencia de un ambiente geográfico y humano que se distingue del europeo en varios respectos (por ejemplo, a causa de la experiencia del trasplante emigratorio y de sus combinaciones, las condiciones de vida en las fronteras, la presencia del indio, el traslado en masa de los africanos y algunos contactos con los orientales).⁴ No se trata, sin embargo, de un divorcio completo, ya sea porque la cultura —incluso en sus reflejos políticos y de organización de las clases— tiende a influir sobre la sociedad de varias maneras, ya porque es difícil que una sociedad deje de dar color local a la cultura, especialmente en sus aspectos populares.

Veamos con mayor detalle algunos de los factores que contribuyen a singularizar los desarrollos culturales en el Nuevo Mundo.

El influjo del ambiente natural en la literatura es prominente y contribuye a poner de relieve la originalidad americana y a escapar de la simple copia de los europeos, aunque algunos críticos señalan que los grandes bosques y los desiertos no bastan para crear grandes poetas. La atracción que ejerce la naturaleza del Nuevo Mundo es perceptible desde la busca de los "secretos maravillosos de las Indias" en la época de los descubrimientos, hasta las expediciones científicas del siglo XVIII y el romanticismo literario del XIX.

Otro factor que contribuye a singularizar el folklore americano, y hasta cierto punto las creaciones de cultura más elaboradas, es la composición heterogénea de la población en varias regiones.

Las comarcas donde se habían concentrado las civilizaciones indígenas sedentarias de la América precolombina, aunque llegaron a ser conquistadas

⁴ Acaso pudiera extenderse a esta situación histórica alguna parte de las observaciones que los etnólogos han hecho ante los fenómenos de difusión cultural en su propio campo: "au cours de l'expansion des civilisations les divers domaines culturels partiels ne restent pas toujours connexes (soit, d'une part l'ergologie et l'économie; d'autre part, la sociologie et le domaine spirituel) et... dès lors ils n'évoluent pas nécessairement dans la même ligne ni selon le même rythme..." Wilhelm Koppers, "Autour du Problème: Ethnologie et Histoire Universelle", en *Miscellanea Paul Rivet Octogenario Dicata*, México, I, 140.

por los colonos de origen europeo, no se occidentalizaron sin ofrecer resistencia, y a través de los contactos culturales y del mestizaje dejaron huellas profundas de una vasta zona del hemisferio colonizado. La importancia de la población indígena en el imperio español, por ejemplo, explica muchos de los rasgos lingüísticos, etnográficos, históricos y artísticos de Hispanoamérica, que no existen en la metrópoli.⁵

En las islas Antillas y en algunos litorales del continente, por ejemplo los del nordeste brasileño y los de Virginia, la convivencia de los colonos con los esclavos de origen africano crea otra zona de diversificación cultural. Ya hemos visto que el negro, a diferencia del indio americano, es otro emigrante de época moderna; no cuenta, por ello, con un sedimento cultural de largo arraigo en esta parte del mundo; pero las influencias que trae consigo pueden llegar a sobrevivir o mezclarse con las de europeos e indios y a introducir en cierto matiz de exotismo en la cultura del Nuevo Mundo, como se observa particularmente en el folklore de Brasil, Haití, Cuba, el sur de Angloamérica.

La literatura gauchesca rioplatense se apoya en los valores criollos, y toma en cuenta los contactos con indios, y algunos negros, en la frontera.

Hay, por otra parte, el cosmopolitismo derivado de la inmigración europea de varias procedencias, sobre todo en los litorales atlánticos de ingleses y holandeses, más tarde en los del sur del Brasil y el Río de la Plata de origen español; se trata del trasplante y la adaptación de grupos de colonos al suelo extraño del Nuevo Mundo, donde conviven con europeos de distintos orígenes, lenguas y tradiciones de cultura.

La distribución geográfica y las rutas de las colonizaciones hacen sentir también su influjo en la fisonomía de la cultura de las regiones de América.

Las influencias europeas llegan con más facilidad a la costa atlántica de América y a las ciudades ligadas con el comercio transatlántico. El europeísmo —sea en el Canadá francés, Angloamérica, Brasil o el Río de la Plata— es habitualmente un fenómeno del litoral; y a medida que la colonización avanza hacia el interior, comienza a predominar un mayor nativismo americano, unido a la rudeza y la peculiaridad de la vida en la pampa, el sertão, la frontera o los bosques (es la base de los escritos de Sarmiento en la Argentina, Euclides da Cunha en el Brasil, F. J. Turner sobre la civilización del oeste de los Estados Unidos, Albert Ferland ante el paisaje canadiense). No

⁵ Decía Simón Bolívar en su Discurso de Angostura, 15 de febrero de 1819: "No somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles". Cit. por Magnus Mörnes, *El Mestizaje en la Historia de Ibero-América*, Ms. Estocolmo, 1960, p. 4. La frase puede interpretarse tanto en un sentido biológico como cultural.

se trata tan sólo de una dualidad entre el medio urbano y el rural, entre la corte y la aldea como existe en Europa, sino también de un cambio de la vida europeizada a otra que presente condiciones singulares de avance fronterizo, a menudo en lucha contra indios nómadas; así aparecen notas de extrañeza y aun de barbarie que no han dejado de llamar poderosamente la atención de los escritores que han descrito tales circunstancias. Algunas de las peculiaridades más llamativas de la vida del Nuevo Mundo aparecen en esos ambientes de frontera en los que el medio y la Sociedad de América llegan a ser particularmente distintos, aunque se trate a veces de una fase pasajera a la que suceden formas de civilización más afines con las de origen europeo.

En el litoral del Pacífico, Lima constituye un centro de influencia urbana europea que, a través del Puerto del Callao, se comunica con Panamá y con la línea de comercio del Atlántico; tiene hacia el interior —aquí situado al este— la sierra habitada por densa población indígena, y ésta introduce variantes muy apreciables con respecto al género de vida que prevalece en la costa europeizante; mas también en las tierras altas del interior se encuentran ciudades pobladas por españoles como Cuzco, Potosí, Chuquisaca.

En el sur de Hispanoamérica, una corriente pobladora española desciende del Alto Perú, y establece una serie de ciudades en Tucumán; otra atraviesa los Andes, desde Chile, y funda la provincia de Cuyo; mientras una tercera llega por el Atlántico y arraiga en el Litoral del Plata; con el tiempo, el puerto de Buenos Aires queda abierto a la comunicación transoceánica y se distingue del interior argentino y paraguayo, que aparece como más replegado en sí mismo, más provincial y "americano".

Los cambios en la fortuna económica de las regiones y en la dirección o el rumbo de las corrientes de tránsito dejan su huella en la fisonomía cultural de las poblaciones del Nuevo Mundo, como es visible en la evolución de la grandeza y decadencia de Potosí, relacionada con la suerte de sus vetas mineras.

*Fondo común, diversidades, paralelismos y relaciones culturales
entre unas y otras áreas de América.*

En virtud de que las colonias de América dependían de metrópolis europeas diversas y a menudo rivales, de que ocupaban territorios extensos y por lo común escasamente comunicados entre sí, de que su vida política, económica y religiosa estaba vinculada a los centros de los imperios, existió una orientación cultural transatlántica más bien que interamericana.

No era fácil, dentro de la organización colonial, que una influencia extranjera, por ejemplo, la francesa, se hiciera sentir en Hispanoamérica sin pasar antes por España. Hubo algunos casos de ello, por efecto del contrabando o de contactos esporádicos (por ejemplo, cuando a comienzos del siglo XVIII llegaron navíos franceses a comerciar a las costas de Chile y Perú); pero, en general, las relaciones de cultura entre unas y otras áreas de América, dentro de las reservas políticas y religiosas que mediaban entre las metrópolis y entre las colonias mismas, fueron más viables cuando ocurrieron a través de Europa.

De ésta provenía un fondo común de cultura que se extendía a las varias áreas euroamericanas y que engendraba ciertos desarrollos paralelos aunque no mediaron conexiones directas.

La Biblia representa una unidad de fondo y al mismo tiempo una diversidad en cuanto al uso de las versiones; en esto las colonias de América no hacían sino reproducir el panorama de la cristiandad europea después de la escisión de la Reforma.

Otro de tales elementos comunes es la recepción de la tradición escolástica europea en los primeros colegios y universidades de América; cabe comparar los géneros de enseñanza anteriores al racionalismo, que no parecen estar desprovistos de algunas corrientes y autores comunes. Es claro que las doctrinas de Lutero y de Calvino no eran enseñadas en las colonizaciones católicas, ni las de Loyola en las protestantes; pero un examen detenido de las cátedras y bibliotecas de la época permite descubrir supervivencias de la tradición cristiana común, a pesar de las disensiones religiosas (por ejemplo, en torno al estudio de las doctrinas paulina, agustina y aun tomista).

Los clásicos: Platón, Aristóteles, Cicerón, son estudiados en todas las áreas.

El derecho romano aporta otro campo común fertilizado por el mantenimiento del latín como lengua de cultura. El estudio de Heinecio parece haber gozado de una difusión americana bastante general. Es de notar que la influencia de la tradición jurídica romana es aparentemente mayor en las colonizaciones de España, Portugal y Francia que en la de Inglaterra.

Algunas influencias literarias del Renacimiento italiano llegan a las varias metrópolis y áreas coloniales.

La vecindad de las metrópolis peninsulares y la unión temporal de las coronas de España y Portugal explican la influencia que llegaron a ejercer varios escritores españoles en el Brasil, por ejemplo, Lope, Quevedo, Góngora. Hubo correspondencia literaria entre la gran figura del mundo lusitano Antonio Vieira, y la notable poetisa de Nueva España Sor Juana Inés de la

Cruz.⁶ Algunas de las historias de la expansión portuguesa fueron escritas en castellano.

Descartes, Newton, Puffendorf, Montesquieu, Rousseau, son nombres europeos que se difunden por varias colonias cuando surgen las nuevas corrientes del racionalismo y del derecho natural.

Los estudios acerca de la naturaleza adquieren mayor rigor científico en el siglo XVIII. Sabios europeos participan en las expediciones transatlánticas, que son organizadas desde las metrópolis; algunos americanos colaboran en las investigaciones de botánica, mineralogía, medicina. La curiosidad del siglo se hace presente en cada colonización y se proyecta sobre el escenario natural del Nuevo Continente, que ofrece vastos horizontes, apenas comenzados a explorar.

Cabe apuntar la presencia de judíos en varias áreas euroamericanas y las contribuciones de cultura que pueden aportar, por ejemplo, en la ciencia médica.

En lo que respecta al arte, la presencia en común de estilos, ya provenga del renacimiento, el barroco o el neoclásico, obedece habitualmente a la difusión de influencias provenientes de los países de Europa, si bien es peculiar el desarrollo en cada una de las áreas coloniales y regiones.

La pintura italiana se halla representada en las iglesias del Canadá francés y de Hispanoamérica.

Es amplia la presencia en América del arte pictórico de los Países Bajos: en la colonización española por efecto de las relaciones históricas de España con Flandes; en la colonización del Nordeste del Brasil a consecuencia de la invasión holandesa; en Norteamérica con motivo de la presencia de los colonos bátavos en Nueva Amsterdam; y, en todos los casos, gracias a la influencia que ejerce esa misma pintura sobre las escuelas de las varias metrópolis europeas.

Ciertas influencias que se advierten en la arquitectura y la ornamentación de los establecimientos iberoamericanos (por ejemplo, el gusto por los azulejos) provienen de las experiencias comunes de los pueblos de la Península Ibérica ante la invasión árabe. Y si los desarrollos barrocos tienen personalidad distinta, tanto en España y Portugal como en Hispanoamérica y Brasil, también es cierto que los retablos del mundo ibérico guardan mayor parentesco entre sí que con respecto a las manifestaciones artísticas coetáneas de las colonias francesas, inglesas y holandesas del Nuevo Mundo.

El mecenazgo artístico de las iglesias es más amplio entre los colonizadores

⁶ Véase ROBERT RICARD, *António Vieira et Sor Juana Inés de la Cruz*, Coimbra, 1948.

católicos que entre los protestantes. Al mismo tiempo puede observarse que la exuberancia y la magnificencia son las notas salientes de los principales desarrollos artísticos iberoamericanos (por ejemplo, en el barroco de México, en la escultura de Minas Gerais); en tanto que el realismo y la simplicidad caracterizan al movimiento artístico puritano.

La influencia literaria y artística francesa es notable en varias áreas de América en el siglo XVIII.

Existe en el Nuevo Mundo, desde la época de las colonizaciones, una actitud ecléctica con respecto a la recepción de las corrientes europeas de cultura y arte.

Se mira a Europa como la fuente habitual de inspiraciones, y cuando los pueblos americanos obtienen la independencia política, si bien de una parte tienden a subrayar sus diferencias nacionales, de otra hacen uso de su libertad para elegir entre los varios estímulos exteriores con más amplitud que la acostumbrada anteriormente cuando cada metrópoli era el conducto principal de la recepción de tales influencias. Es lo que explica, por ejemplo, la sustitución de la influencia española por la francesa en Hispanoamérica durante el siglo XIX.

Los problemas que derivan de esta situación comienzan a perfilarse desde la época colonial. Las áreas de América reaccionan ante un estímulo dado, lo adoptan, lo rechazan o lo modifican; ¿qué posibilidades de comparación ofrecen estas respuestas que las corrientes generales de Europa provocan en las distintas áreas de las colonizaciones americanas? ¿qué particularidades comienzan a señalarse en el estilo, tiempo y carácter de cada reacción? ¿cuándo puede hablarse de desarrollos propios, v.g., en el arte barroco de México, ligado indudablemente al español, pero no carente de personalidad original?

Antes de llevar a su término este análisis, notemos que las observaciones anteriores bastan para comprender por qué son los estímulos culturales de origen europeo los que gozan de mayor relieve y difusión en América en la época de las colonizaciones. Las formas para expresar en ciencias o en artes los mensajes del Nuevo Mundo se encuentran al comienzo en manos de los hombres europeos o de los americanos educados de acuerdo con las tradiciones de la cultura metropolitana. Las obras de los descendientes de los colonizadores ofrecen una calidad más refinada a medida que las concentraciones urbanas, la riqueza y la madurez de las nuevas sociedades, el contacto con los creadores europeos, se van afirmando con el transcurso del tiempo. Y, con mayor o menor rapidez, según los casos, las épocas y los talentos naturales, comienzan a nacer los frutos ultramarinos valiosos o simplemente interesantes por su peculiaridad.

La cultura euroamericana no era tan distinta de la europea de origen co-

mo podían serlo la asiática, la africana, o la amerindia de la época anterior a los grandes descubrimientos marítimos. Las lenguas, el alfabeto, el calendario, la religión, permitían mantener a través del océano "el lazo moral" de que hablaba Humboldt. Y así podían los europeos contribuir a la formación de la cultura americana, y los hombres del Nuevo Mundo acudir al antiguo en busca de elementos de formación intelectual o artística. Entretanto, esas ramas transatlánticas comenzaban a poseer rasgos propios y a valorizar sus peculiaridades, sin dejar de mantener su antiguo vínculo con la civilización de Occidente.⁷

La frecuencia de los contactos entre las áreas y regiones de cada continente, así como el número y la calidad de los hombres de estudio y los artistas, eran muy distintos en Europa y en América durante los siglos coloniales.

Los maestros italianos influyen en la arquitectura y en los trabajos de talla en Inglaterra en el período del Renacimiento. No parece que haya existido ninguna relación entre los artistas de Nueva España y los de Quebec o la Nueva Inglaterra, y fue escasa la que hubo entre los del Perú y los del Brasil. Ya hemos visto que la penetración de influencias extranjeras de cultura en las áreas de América suele ocurrir a través de las respectivas metrópolis (por ejemplo, cuando España recibe los influjos de la pintura flamenca en el siglo XVI o de las ideas y las modas francesas en el XVIII, y a través de ella llegan al mundo hispanoamericano). Mas el contrabando y las licencias concedidas a barcos neutrales comunican asimismo las ideas y los gustos del exterior. La relativa lejanía o falta de tráfico entre unas y otras áreas de colonización, así como el limitado desarrollo inicial de sus creaciones del intelecto y de las artes, no favorecían al contacto cultural directo interamericano. Era más fácil en los siglos coloniales que un país como Inglaterra (la patria de Shakespeare, Milton, Newton, Locke) llegara a influir sobre las áreas americanas de distinta soberanía, a que éstas intercambiaran entre sí sus propios valores de cultura; o descubrieran afinidades entre sus situaciones y mostraran interés por compararlas; sin embargo, la incomunicación no era absoluta, aun

⁷ A. GERBI, *La Disputa del Nuovo Mondo, Storia di una polemica, 1750-1900*. Milano-Napoli, R. Ricciardi, 1955, p. 173, caracteriza así la situación: "L' America era figlia d' Europa (como non lo erano, evidentemente, né l'Asia né l'Africa; come lo sarà l'Oceania, ma in tanto minore scala), —era l'Europa, e insieme era la non-Europa—, l'antitesi geografica, fisica, e presto anche politica, dell' Europa".

en este orden de fenómenos culturales, ya sea entre las regiones de un mismo imperio, ya entre áreas de distinta soberanía.

Entre las provincias mexicana y peruana del imperio español, entre México y Venezuela, entre México y Centroamérica, entre las Antillas españolas y el Continente, entre el Río de la Plata, Chile y el Perú, mediaron no sólo algunos vínculos de comercio, sino también influencias religiosas y culturales. La devoción a imágenes del culto mexicano, como la Virgen de Guadalupe, o de la Iglesia peruana, como Santa Rosa de Lima, se extiende más allá de las regiones de su origen. El arte pictórico cuzqueño conoce una irradiación bastante amplia. Los estudiantes del Río de la Plata frecuentan la universidad del Alto Perú. Los funcionarios de la administración y los eclesiásticos, en sus traslados de unas provincias a otras del imperio español, transmiten usos legales, prácticas administrativas y costumbres, como la de beber el chocolate. El invento de la amalgama del mercurio para extraer el mineral de plata llega de México al Perú en la segunda mitad del siglo XVI. El peso fuerte acuñado en las casas de moneda hispanoamericanas goza de valor general en América, Europa y Asia. Es atribuido a un artista de Nueva España, José Luis Rodríguez Alconedo, el túmulo erigido en Puebla a la memoria de los soldados muertos en la defensa del puerto de Buenos Aires frente a los invasores ingleses de principios del siglo XIX.⁸ Las gacetas no dejan de anunciar los acontecimientos que ocurren en las varias provincias de la monarquía.

El comercio entre el Brasil y el Río de la Plata aporta algunas influencias culturales brasileñas a Buenos Aires, especialmente por la vía del contrabando, que desempeña en todas las áreas un papel destacado cuando las comunicaciones legales no son permitidas entre colonias de distintas metrópolis europeas o entre colonias y naciones europeas diversas de su metrópoli. Así los muebles del Brasil llegan al Río de la Plata español; la técnica azucarera peruana influye en la brasileña, y ésta en la de las islas antillanas de varias naciones de Europa.

En 1791, los comediantes del Cap Français, refugiados de Saint-Domingue, abren en Nueva Orleans el teatro de la calle Saint-Pierre. En 1794, otro refugiado, Duclot, funda el *Moniteur de la Louisiane*. Oeillard d'Avrigny, nacido en Saint-Pierre de Martinica, hacia 1760, escribe *Mexique Conquis*, poema heroico según el gusto del Abate Delille (París, 1812). Nueva Orleans queda como un centro abierto al interés por el mundo hispanoamericano. En 1816, el teatro Saint Philippe presenta una pieza que lleva por título: *Pizarre, ou la conquête du Pérou par les Espagnols*. En 1827 es impresa la

⁸ M. TOUSSAINT, *Arte Colonial en México*, México, Imprenta Universitaria, 1948, p. 429.

obra: *Lettres sur le Mexique par un citoyen de la Nouvelle Orléans*. El francés P. Pérennès escribe una tragedia en cinco actos en la misma ciudad sobre *Guatimozin ou le dernier jour de l'Empire mexicain* (1839). El puerto acoge refugiados políticos hispanoamericanos, como lo hace Burdeos en el Viejo Mundo.⁹

La relación entre las colonias continentales inglesas y las Antillas es bastante activa en el siglo XVIII, y no sólo toca posesiones insulares de Inglaterra, sino también de España, Francia y Holanda. Así unas regiones de América saben de la existencia de otras. En el siglo XVIII, el interés científico llega a poner en comunicación a sabios de Nueva España, como Alzate, con los de Angloamérica.¹⁰ A fines de esa centuria, la literatura política de los Estados Unidos proyecta la primera influencia cultural importante del área angloamericana sobre las otras zonas de América de distinto origen.

Ya veremos que en ciertas regiones hay contactos, vecindades y sustituciones de unas lenguas por otras.

Las influencias interamericanas aumentan después de la independencia, aunque el vínculo cultural transatlántico creado en la época de las colonizaciones no deja de existir y aun de robustecerse a lo largo del siglo XIX.

Ya sabemos que los elementos integrantes de las culturas de América no proceden solamente de Europa. Veamos cómo los factores no europeos se proyectan sobre las varias áreas de colonización.

El Continente africano también se encuentra en una posición exterior que permite el paso de algunas influencias generales y simultáneas a las varias áreas de América; sus habitantes llegan a todas las colonizaciones a través del comercio de esclavos. A pesar de las diversidades de origen en África y del defecto destructor del traslado ultramarino, varios elementos comunes de la religión, la danza, la música, las creencias mágicas, supersticiones y hechicerías, las tendencias lingüísticas, sea de varios grupos africanos entre sí, sea de alguno de ellos que se reparte por varias regiones de América, se proyectan a la vez sobre distintas áreas de colonización europea, como el Brasil, Haití, Cuba y el sur de Angloamérica. Los emigrantes africanos en los territorios coloniales de los varios imperios sin despertar las sospechas que persi-

⁹ Cf. A. VIATTE, *Histoire Littéraire de l'Amérique Française*, París, 1954, pp. 224, 262, 484.

¹⁰ Cf. H. BERNSTEIN, *Origins of Inter-American Interest, 1700-1812*, Philadelphia, 1945.

guen usualmente a los blancos extranjeros. De ahí que la aportación de África, cualquiera que sea el valor que en cada caso tenga, alcance en la época de las colonizaciones una difusión continental bastante extensa.

Las influencias orientales que llegan en la época colonial a través del Pacífico, repercuten particularmente en México y el Perú. Al Brasil y Angloamérica arriban a través del comercio que las metrópolis europeas respectivas sostienen con el Oriente, más bien que por una relación directa entre Asia y América, aunque estos intercambios no faltan del todo en Brasil y comienzan a fines del siglo XVIII en los Estados Unidos. El gusto por los objetos y artes del Oriente, existe en todas las áreas de América a fines de esa centuria.

El indígena americano ejerce influencias en el orden de la cultura material en varias áreas coloniales, por ejemplo, mediante la difusión del maíz, del tabaco, etc. Sus lenguas, religiones y conocimientos anteriores al hallazgo europeo se extienden a veces por regiones bastante dilatadas; los colonizadores dotan a ciertos rasgos culturales indígenas y africanos de un radio más extenso de difusión, gracias a los medios de transporte de que disponen al ocupar el Nuevo Mundo. Así como los navíos europeos permiten que algunas manifestaciones del folklore de África arriben simultáneamente a Norte y Sudamérica, también ayudan a que voces indígenas, en particular las antillanas, alcancen una irradiación notable en varias regiones continentales, gracias a la movilidad de los colonizadores. La presencia del indio sedentario en distintas áreas coloniales crea en mayor o menor escala, una convivencia cultural y biológica con el europeo, y la peligrosa vecindad del nómada de las regiones de frontera, imprime su marca en las costumbres de los colonos. En este sentido el indio engendra situaciones de alcance bastante amplio en el mundo americano. En todas las colonizaciones hay, según hemos visto, una política hacia el indígena; pero presenta rasgos distintos en las varias áreas y épocas, aun dentro de una colonización dada, no sólo por motivos provenientes del carácter de la civilización de las naciones europeas, sino también por la diversa índole de las culturas indias y de las situaciones regionales.

LA FUNDACIÓN DE LA CIUDAD DE DURANGO

LIC. JOSÉ IGNACIO GALLEGOS
Universidad Juárez, Durango, México.

EL AÑO DE MIL QUINIENTOS cincuenta y cuatro marca una nueva etapa para el norte de la Nueva España. En este año se inician las expediciones de don Francisco de Ibarra que habían de traer como consecuencia el descubrimiento de esa gran parte del país.

Para ese entonces lo descubierto llegaba hasta Zacatecas, que como se sabe había sido fundada en mil quinientos cuarenta y seis y seguramente la fundación de esta ciudad sirvió para despertar el interés de descubrir nuevas tierras al norte.

Uno de los que más interés tomó en descubrir dichas tierras fue uno de los fundadores de Zacatecas, don Diego de Ibarra, que se encontraba casado con una hija de don Luis de Velasco, a la sazón II Virrey de la Nueva España.

Es fácil comprender, pues, la influencia que cerca del Virrey tenía don Diego de Ibarra; le iba a ser fácil arreglar el descubrimiento de la región ya dicha.

Hubiera querido don Diego ser el descubridor y conquistador de dichas tierras, pero se encontraba inválido debido a que había perdido una pierna en la guerra del Mixtón, por tal motivo creyó que lo indicado era valerse de una persona de su absoluta confianza para que hiciera los descubrimientos y conquistas.

Hacía poco que había llegado a la Nueva España su sobrino don Francisco, quien se encontraba, seguramente, por recomendaciones suyas, de paje en la corte del Virrey de Velasco y éste fue el instrumento de que se valió don Diego para iniciar las conquistas a que nos hemos referido ya.

Era don Francisco de Ibarra un mozalbete, para la época en que iniciara las conquistas tenía de diez y seis a diez y siete años, pero tenía todo el carácter, la energía y el talento que en tales causas se necesitan: cualidades que